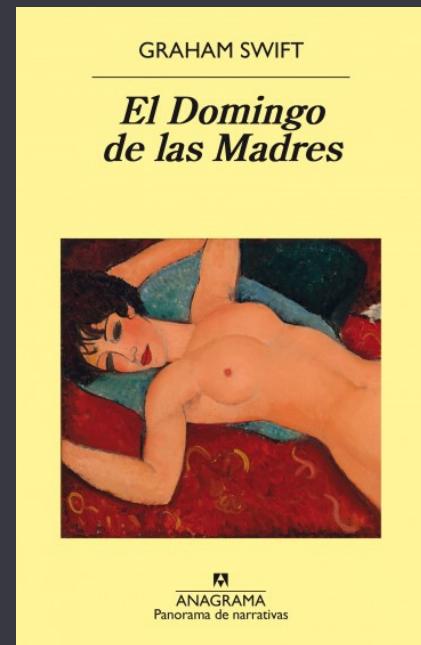




Visita al territorio de Graham Swift



La Escalera

Lugar de lecturas

¡Vas a ir al baile!

Érase una vez..., antes de que mataran a los chicos y cuando había más caballos que coches, antes de que desaparecieran los sirvientes varones y en Upleigh y en Beechwood tuvieran que arreglárselas con una cocinera y una sirvienta, los Sheringham eran propietarios no sólo de los cuatro caballos de su cuadra, sino también de un ejemplar que podía considerarse un «señor caballo», un caballo de carreras, un purasangre. Se llamaba Fandango, y su caballeriza estaba cerca de Newbury. Nunca había ganado nada de nada. Pero era el pequeño lujo de la familia, su esperanza de fama y gloria en las carreras del sur de Inglaterra. El trato era que Mamá y Papá —conocidos también, en el extraño lenguaje de él, como «los ineptos»— eran dueños de la cabeza y el cuerpo, y Dick y Freddy y él de una pata cada uno.

—¿Y la cuarta pata?

—Ah, la cuarta pata... Ésa ha sido siempre la pregunta.

Durante la mayor parte del tiempo no fue más que un nombre, un nombre que no podía verse, aunque un nombre muy caro dividido en cuatro y perfectamente adiestrado. Se había vendido en 1915, cuando él tenía quince años. «Antes de que tú aparecieras, Jay». Pero una vez, hace mucho tiempo, una mañana de junio temprano, emprendieron todos una expedición extraña y disparatada sólo para verle, para ver cómo montaban al galope a Fandango, su caballo, por las colinas. Para contemplar desde la valla cómo se acercaba, atronador, con otros caballos y pasaba ante ellos como un rayo. Estaban él y Mamá y Papá y Dick y Freddy. Y —quién sabe—

alguna parte interesada y fantasmal, propietaria real de la cuarta pata.

Él tenía la mano en la pierna de ella.

Fue la única vez que ella le había visto con los ojos casi empañados. Y tuvo la visión clara y nítida (la seguiría teniendo a los noventa años) de que podría haber ido con él, de que aún podría — como en una especie de milagro — ir con él, sólo con él, y estar allí ante la valla, viendo cómo pasaba Fandango a galope tendido, levantando barro y rocío de la hierba. Nunca había vivido nada así, pero podía imaginárselo, imaginarlo con claridad. El sol aún naciente, un disco rojo sobre las colinas grises, el aire aún vivificante y frío, mientras él compartía con ella, tal vez, una petaca de tapón plateado, y, con no demasiado sigilo, le agarraba el culo.

Pero ahora ella miraba cómo se movía, desnudo salvo el sello de plata en el dedo, cruzando la habitación bañada de sol. En la vida, más tarde, nunca utilizaría gustosamente —si es que llegó a utilizarla alguna vez— la palabra «garañón» para referirse a un hombre. Pero él era talmente uno. Tenía veintitrés años y ella veintidós. Y podría habersele considerado un purasangre, aunque ella aún no conocía esa palabra, al igual que aún no conocía la palabra «garañón». Su vocabulario no era muy extenso todavía. «Purasangre» tenía que ver con la «progenie» y el «nacimiento», lo que contaba en los de su clase. Poco importaba con qué finalidad concreta.

Era marzo de 1924. No era junio, pero sí un día que parecía junio. Y debía de ser poco después de mediodía. Se abrió de golpe una ventana, y él, sin ropa, cruzó la habitación llena de sol tan despreocupadamente como cualquier animal desnudo. Era su habitación, ¿no? Podía hacer en ella lo que le viniera en gana. Podía hacerlo, estaba claro. Y ella no había estado en ella nunca, y nunca volvería a estar.

Y también estaba desnuda.

30 de marzo de 1924. Érase una vez... Las sombras de la celosía de la ventana se deslizaban sobre su cuerpo como follaje. Una vez hubo recogido del tocador la pitillera y el mechero y un pequeño cenicero de plata, se volvió, y entonces, bajo la mata de vello oscuro y enteramente bañado por el sol, dejó a la vista su verga, y sus huevos, meros apéndices fláccidos y aún pegajosos. Ella podía mirarlos si quería, a él no le importaba.

Pero también él podía mirarla a ella. Estaba estirada, desnuda, si se exceptuaba su par —su único par— de pendientes baratos. No se había tapado con la sábana. Y hasta había enlazado las manos detrás de la cabeza (así podía verle mejor). Pero él podía mirarla a voluntad. Regálate los ojos. Era una expresión que le había venido a la mente. Se le habían empezado a ocurrir expresiones. Regálate los ojos.

Fuera, se estiraba también todo Berkshire, orlada de brillante verdor, pletórica de trinos, bendecida en marzo con un día de junio.

Él seguía siendo un adicto a los caballos. Es decir, seguía malgastando el dinero en ellos. Era su forma de economizar: tirar el dinero. Durante casi ocho años había tenido dinero para tres, en teoría. Él lo llamaba «pasta». Pero demostraría que era capaz de arreglárselas sin él. ¿Y qué es lo que habían hecho ellos dos con el dinero de siete años —como él le recordaba a veces—?: absolutamente nada. Salvo secretismos y riesgos y astucias y la aptitud mutua de ser buenos en ello.

Pero nunca habían hecho nada parecido. Ella nunca había estado en aquella cama —una cama individual, pero espaciosa—. Ni en aquella habitación, ni en aquella casa. Si no costaba nada, era el más maravilloso de los regalos.

Aunque si no costaba nada —ella siempre podría habérselo recordado—, ¿qué pasaba con las veces en que él le había dado seis peniques? ¿O incluso tres peniques? ¿Cuando era sólo el comienzo, antes de que lo suyo llegara a ser algo... —no sabía si era la palabra correcta— serio? Pero jamás se atrevería a

recordárselo. Y menos aún ahora. Ni se atrevería tampoco a utilizar la palabra «serio».

Se sentó en la cama, a su lado. Le pasó la mano por el vientre, como sacudiéndole un polvo invisible. Luego dejó encima de él el mechero y el cenicero, y siguió con la pitillera en la mano. Sacó dos cigarrillos y puso uno entre los labios fruncidos y salientes de ella, que no se había quitado las manos de la nuca. Él le encendió el cigarrillo y luego se encendió el suyo. Después de juntar pitillera y mechero y de dejarlos en la mesilla de noche, se tendió junto a ella cuan largo era, mientras el cenicero seguía a medio camino entre el ombligo y lo que hoy él, sin tapujos, llamaría alegremente el «coño».

Verga, huevos, coño. He aquí tres vocablos sencillos, básicos.

Era un 30 de marzo. Domingo. Lo que venía llamándose el Domingo de las Madres.

—Bien, hoy es fantástico para hacerlo, Jane —había dicho el señor Niven cuando Jane entró con el café recién hecho y las tostadas.

—Sí, señor —había dicho ella, preguntándose qué habría querido decir con aquel «hacerlo».

—Un día absolutamente fantástico. —Como si fuera él quien generosamente lo hubiera hecho posible—. ¿Sabes?, si alguien nos hubiera dicho que iba a hacer este día, podríamos haber preparado unas cestas y habernos ido todos de... pícnic a la orilla del río.

Lo dijo con un tono de pesar, aunque con viveza, de forma que ella, al dejar la rejilla de las tostadas en la mesa, pensó durante un instante que tal vez hubiera cambio de planes y Milly y ella tuvieran que ponerse a preparar una cesta para el pícnic. Estuviera donde estuviere la «cesta», y fuera lo que fuere lo que tuvieran que meter en ella con una antelación tan poco considerada. Y siendo como era su día.

Y entonces la señora Niven dijo:

—Estamos en marzo, Godfrey.

Miró con recelo hacia la ventana.

Bien, se había equivocado. El día no había hecho sino mejorar.

Pero los Niven tenían planes, y poco podría influir el tiempo para malograrlos. Iban a ir en coche a Henley a reunirse con los Hobday y los Sheringham. Dado su aprieto común —que sólo acaecía una vez al año y sólo durante una parte del día—, se reunían todos ellos para comer en Henley y solucionaban así el engorro pasajero de no tener servicio.

Fue idea —o invitación— de los Hobday. Paul Sheringham iba a casarse con Emma Hobday dentro de dos semanas. Así que los Hobday les habían sugerido a los Sheringham comer fuera juntos, ya que era una excelente oportunidad para brindar y charlar sobre el acontecimiento inminente, y de paso salvaban el escollo de índole práctica de ese domingo. Como los Niven eran vecinos y buenos amigos de los Sheringham, además de invitados distinguidos a la boda en cuestión (e iban a encontrarse en la misma situación de falta de servicio), los Niven —como le explicó el señor Niven al informarla de los planes— se habían dejado «enrolar».

Eso había aclarado meridianamente algo que ella ya sabía. Que Paul Sheringham, se casase con quien se casase, se casaba con su dinero. Quizá se viera obligado a hacerlo, a la vista de cómo había despilfarrado el suyo. Los Hobday sufragarían dentro de dos semanas una boda fastuosa, así que ¿era de veras necesario celebrar aquel festejo apenas unos días antes? No, a menos que el dinero les sobrase. En él bien podría no pedirse otra cosa que champán. Cuando el señor Niven había mencionado la cesta del pícnic tal vez se estaba preguntando hasta qué punto podía uno fiarse de la larguezza de los Hobday, o en qué medida aquella comida iba a exigir cierto sacrificio a su propio bolsillo.

Pero a ella le agradaba el hecho de que a los Hobday les sobrara el dinero. No es que tuviera nada que ver con ella, pero le agradaba. Que Emma Hobday pudiera estar forrada de arriba abajo de billetes de cinco libras, que el matrimonio pudiera ser un estudiado medio para conseguir «pasta», la complacía, o —mejor

aún— la consolaba. Eran todas las demás cosas que podía implicar las que —cuando el señor Niven explicaba que a su mujer y a él les habían «enrolado» para la comida— la reconcomían.

¿Y el señorito Paul y la señorita Hobday estarían presentes en esa comida? No podía preguntarlo directamente, por vital que fuera para ella saberlo. Y el señor Niven no le facilitó esa información.

—¿Le comunicarás todo esto a Milly? Y, por supuesto, ello no debe afectar... a tus propios planes.

No era frecuente que el señor Niven tuviera la oportunidad de expresar algo semejante.

—Claro, señor.

—Un jolgorio en Henley, Jane. Una reunión de las tribus. Esperemos que el tiempo acompañe.

No estaba muy segura del significado de «jolgorio», aunque le parecía que había leído esa palabra en alguna parte. «Jol» sugería algo alegre, en cualquier caso.

—Eso espero yo también, señor.

Y ahora que ya era evidente que hacía un tiempo ideal, el señor Niven, pese a sus recientes aprensiones, se iba alegrando por momentos. Conduciría él mismo. Había anunciado ya que seguramente saldrían pronto, para «matar el rato» sin prisa y aprovechar aquella mañana espléndida. Al parecer no iba a llamar a Alf al garaje (a cambio de un razonable estipendio, Alf hacía de convincente chófer para los Niven). De todas formas, como ella había observado a lo largo de los años recientes, al señor Niven le gustaba conducir. Prefería el placer de la conducción a la dignidad de que alguien condujera a su dictado. Le infundía un ánimo juvenil. Y, como siempre decía, con una gran variedad de entonaciones —que iban del bramido al lamento—, los tiempos estaban cambiando.

Érase una vez en que, después de todo, los Niven habrían acabado encontrándose con los Sheringham en la misa dominical.

«Tribus» había sugerido algo desenfrenado al aire libre. Ella sabía que iba a ser en el George Hotel de Henley. No iba a ser un pícnic, ya que, dado que era marzo, el tiempo podría cambiar y depararles un vendaval horrible o incluso nieve. Pero era una mañana impecablemente veraniega. Y la señora Niven se levantó de la mesa para subir a arreglarse.

No podía preguntar, ni siquiera ahora que el señor Niven se había quedado tan oportunamente solo: «¿La señorita Hobday y el...?». Por mucho que sonara a simple curiosidad de criada ociosa (¿no era la boda en ciernes el tema de conversación del momento?). Y ciertamente no podía preguntar: «Si no, ¿qué otros planes podría tener la pareja en mente?».

Si ella hubiera sido una de las mitades de la pareja prometida —o la mitad correspondiente a Paul Sheringham, al menos—, no creía que le hubiera apetecido, dos semanas antes de la boda, asistir a un «jolgorio» en Henley en el que serían objeto de una solicitud exagerada por parte de la generación que les precedía (éos a los que él calificaría —lo veía hablando con el cigarrillo en la boca y una expresión doliente y crispada en la mirada— de «tres condenados ineptos juntos»).

Pero, en cualquier caso, aunque no consiguiera más información, aún estaba el problema específicamente suyo de aquel día (como el señor Niven sabía): qué hacer con él. El día en cuestión era penoso. El tiempo magnífico no ayudaba en absoluto. A apenas dos semanas del acontecimiento, más bien parecía arrojar una sombra más oscura.

Cuando llegara el momento, iba a decirle al señor Niven que, si no le importaba —ni a él ni a la señora Niven—, ella no iría a ninguna parte. Se quedaría allí en Beechwood, y leería un libro —«su libro», como tal vez se referiría a él, aunque perteneciera al señor Niven—. Podría sentarse al sol en cualquier parte del jardín.

Sabía que el señor Niven no haría sino aprobar tan inocua sugerencia. Incluso podría pensar que la imagen resultaba bastante atractiva. Y, por supuesto, significaba que estaría preparada para

retomar sus deberes de inmediato, en cuanto ellos volvieran. Podría encontrar algo para comer en la cocina. Milly podría incluso prepararle un sándwich antes de marcharse. Organizaría su propio pícnic.

E incluso podría haber sucedido así. El banco en el rincón del reloj de sol. Los abejorros confusos ante el buen tiempo. El magnolio ya repleto de brotes. El libro en el regazo. Sabía qué libro sería.

Así que le expondría su idea al señor Niven.

Pero entonces sonó el teléfono y —siendo como era una de sus innúmeras tareas— se apresuró a atender la llamada. Y su corazón dio un vuelco de alegría. Era una frase que se leía en los libros, pero a veces era exactamente lo que le sucedía a la gente. Y era verdad en ella en aquel momento. El corazón le dio un vuelco, como a una heroína varada en un relato. Como las alondras que oiría poco después, trinando y alzándose muy alto en el cielo azul, mientras pedaleaba camino de Upleigh.

Pero había tenido la precaución de decir, muy alto y con su mejor voz «de contestar al teléfono», a un tiempo doméstica y un tanto regia:

—Sí, señora.

Se oían campanadas de iglesia bajo el canto de los pájaros. El aire cálido entraba flotando por la ventana abierta. Él no había echado las cortinas, ni siquiera como una muestra de delicadeza para con ella. ¿Delicadeza para con ella? No hacía falta. El cuarto daba a un terreno de árboles y hierba y grava. El sol se limitaba a festejar su desnudez, desechar todo secretismo sobre lo que estaban haciendo pese a que era absolutamente secreto.

Y nunca —en los años de..., ¿cómo llamarlo?, ¿intimidad?, ¿libertad recíproca?— habían estado tan desnudos.

Regálate los ojos, había osado pensar ella, como una belleza instalada en el lecho de forma clandestina. ¿Era ella una belleza?

Tenía los nudillos enrojecidos y las uñas gastadas de los de su clase. El pelo le caía por todas partes a su alrededor. Lo tenía pegado a la frente. Y sin embargo había llegado a sentir algo de la imperiosa impudicia de él, como si fuera él el sirviente que le traía un cigarrillo.

¡Y apenas dos horas antes ella le había llamado «señora» a él! Pues era su voz la que había oído en el teléfono y, pese a su súbito vértigo de criada joven, había tenido que mantener la presencia de ánimo. La puerta que daba a la salita del desayuno estaba abierta. El señor Niven seguía ocupado con las tostadas y la mermelada. A través del teléfono le habían llegado raudas, secas, insoslayables instrucciones, mientras ella decía: «Sí, señora... No, señora... Tiene usted toda la razón, señora...»

El corazón le había dado un vuelco. Regálate los ojos. Empezaba una historia.

Y menos de una hora después, cuando se bajó de la bicicleta y él le abrió la puerta principal —la abría para ella; la puerta principal, nada menos—, como si fuera una visitante de verdad y él un lacayo, se habían reído de que ella le hubiera llamado «señora». Y siguieron riéndose cuando ella lo repitió al invitarla él a entrar:

—Gracias, señora.

Y él dijo:

—Eres inteligente, Jay. ¿Lo sabías? Eres inteligente.

Era su forma de dedicarle cumplidos, como si le descubriera algo que ella jamás habría imaginado.

Pero sí, era inteligente. Lo bastante inteligente para saber que era más inteligente que él. Siempre —sobre todo en los primeros tiempos— le había superado en inteligencia. Es lo que a él le gustaba, lo sabía, que le superaran en inteligencia, e incluso, de algún modo extraño, que le dieran órdenes. Aunque no podía decirse, por supuesto, o siquiera sugerirse. Ella nunca llegó a abolir por completo —ni siquiera a los noventa años— esa reverencia interna. Siempre estaba presente el hecho establecido de la autoridad principesca de él: era quien mandaba, ¿no? Llevaba

mandando cerca de ocho años. Tenía el mando. Mandaba en ella. Oh, sí, era principesco. Y ella le había ayudado a habituarse.

Pero él le había dicho que era inteligente, mientras estaban los dos de pie en el vestíbulo, casi con una humildad confesa, como si fuera el necio indiscutible, el caso perdido. Fuera, bordeando la grava, había arriates de relucientes narcisos, y dentro, al otro lado del vestíbulo, alzándose erguidos en un gran bol, unos racimos alargados de flores de un blanco casi luminoso. Luego la puerta se había cerrado detrás de ella, y se había quedado a solas con él en el interior de Upleigh House, a las once de la mañana de un domingo. Algo que jamás le había sucedido.

—¿Quién era, Jane? —le había preguntado el señor Niven.

Quizá había pensado —por lo de «señora»— que se trataba de la señora Sheringham, o incluso de la señora Hobday, con algún cambio de planes.

—Se han equivocado, señor.

—¿De veras? Y en domingo... —había dicho él, sin que en realidad quisiera decir nada especial.

Luego, mirando el reloj de pared y enrollando la servilleta, había soltado una tos ceremoniosa.

—Bien, Jane, cuando te hayas ocupado de las cosas del desayuno, puedes irte. Y también Milly. Pero antes de irte...

Y mientras decía estas palabras sacaba con torpeza la media corona que ella sabía que le esperaba y que haría a su patrón merecedor de la más aparatoso de sus reverencias.

—Gracias, señor. Es muy amable de su parte.

—Bien..., hoy es un día fantástico para hacerlo —repitió, y ella volvió a preguntarse, un tanto confusa, qué habría querido decir con aquello.

Pero él la miraba de forma sólo curiosa, no escrutadora. Luego se levantó de la silla y adoptó un aire cuasioficial.

Era extraño, aquel Domingo de las Madres que tenían por delante; un ritual ya en decadencia, aunque los Niven —y los Sheringham— seguían aferrados a él, igual que el mundo, o el mundo de ensueño de Berkshire, aún se aferraba a él, y por las mismas tristes razones: el deseo de que el pasado volviera. Y ese día los Niven y los Sheringham se aferraban unos a otros tal vez más de lo que solían hacerlo, como si se hubieran convertido en una sola familia diezmada.

En el caso de ella era un día extraño por motivos completamente diferentes, y todo ello arrancó al señor Niven —además de la media corona— profusos aclaramientos de garganta y mucha compostura.

—Milly va a llevarse la primera bicicleta y la va a dejar en la estación para cuando vuelva. ¿Y tú, Jane...?

Ya no había caballos, pero había bicicletas. Las dos de la casa eran prácticamente idénticas —la de Milly tenía una cesta algo más grande—, pero se las conocía escrupulosamente como las bicicletas «primera» y «segunda», y Milly —merced a su mayor antigüedad— usaba la primera.

Ella se llevaría la segunda. Llegaría a Upleigh después de un trayecto de un cuarto de hora. Pero aún quedaba el asunto del permiso formal, aunque no el de ir a Upleigh.

—Si le parece, señor, yo también me iré. En la segunda bicicleta.

—Es lo que suponía que harías, Jane.

Jane podría haber dicho sencillamente «en mi bicicleta», pero el señor Niven era un incondicional de denominarlas «primera» y «segunda», y Jane había aprendido a adaptarse a esa costumbre. Sabía, por Milly, que los «chicos» —Philip y James— habían tenido en un tiempo sendas bicicletas (además de caballos) que habían acabado conociéndose como las bicicletas «primera» y «segunda». Los chicos ya no estaban, y tampoco sus bicicletas, pero por alguna extraña razón la tradición de las bicicletas «primera» y «segunda» siguió vigente en las dos bicicletas de las sirvientas, aunque éstas, por fuerza, en su versión para damas, es decir sin barra. Milly y ella quizás no pudieran considerarse damas, pero —en cierto sentido de

persistencia— sí se las podía considerar vagos fantasmas de Philip y James.

Ella no había conocido a Philip ni a James, pero Milly sí, y por supuesto había cocinado para ellos. Y Milly también había conocido a «su chico», que había corrido la misma suerte que Philip y James, y quizá en el mismo rincón terrible de Francia. Y ese chico se llamaba Billy. Milly no solía pronunciar ese nombre muy a menudo; «mi chico» había llegado a hacerse tan obligatorio como los adjetivos «primera» y «segunda» para las bicicletas, así que se hacía difícil calcular hasta qué punto lo había conocido realmente. De haber llegado a casarse habrían sido Milly y Billy. Quizá «su chico» era una ficción de Milly cuya realidad nadie podía impugnar (o tenía deseos de hacerlo). La guerra había servido a todos los propósitos.

Érase una vez... Un día llegó ella, la nueva criada, Jane Fairchild, a Beechwood, justo después de una gran devastación. La familia, como muchas otras, había ido a menos, tanto en presupuesto familiar como en sirvientes. Ya no tenían más que una cocinera y una criada. A Milly, la cocinera, dada su antigüedad, en teoría la habían ascendido también a ama de llaves, pero siguió apegada a la cocina, mientras que ella, la criada nueva y sin experiencia, pronto pasó a ocuparse de la mayoría de las tareas propias de un ama de llaves.

Pero a ella no le importaba. Adoraba a Milly.

Milly la cocinera le llevaba sólo tres años, pero como consecuencia inevitable de la pérdida de «su chico» había ganado rápidamente peso y envergadura, y hasta un aire de sabiduría atolondrada, de forma que se convirtió en la madre que tal vez había querido ser siempre. El apelativo «mi chico» empezó a sugerir incluso que el pobre chico bien podría haber sido su hijo.

Y ese domingo Milly la cocinera, si la bicicleta soportaba su peso hasta la estación, iba a visitar a su madre.

—Claro que me parece bien, Jane —dijo el señor Niven, metiendo la servilleta en el servilletero de plata.

¿Iba a preguntarle adónde pensaba ir?

—Tienes a tu disposición la segunda bicicleta, y tienes..., ejem, dos y seis^[1]. Y todo el país a tu disposición. ¡Con tal de que vuelvas, claro!

Entonces, como envidiando un poco la amplia libertad que acababa de concederle, dijo:

—Es *tu* día, Jane. Puedes..., ejem..., arreglarte a tu propio albedrío.

Él sabía, a esas alturas, que tal frase no quedaría fuera de su comprensión —incluso era tal vez un delicado tributo a sus hábitos de lectura—. Milly la cocinera habría pensado quizá que «albedrío» era una forma de acicalamiento.

Estaba claro que no podía querer decir otra cosa.

Era el 30 de marzo de 1924. Era el Domingo de las Madres. Milly tenía una madre a quien visitar. Pero la criada de los Niven tenía sólo su libertad, y media corona para acompañarla. Entonces sonó el teléfono, y su plan previo cambió rápidamente. No, no iba a organizar su propio pícnic.

Y seguramente fue más de lo que había esperado, ya que aunque el señorito Paul y la señorita Hobday no fueran a unirse al grupo de Henley, quedaba abierto el interrogante de cómo iban a pasar el día juntos. Y el interrogante seguía abierto.

Los dos tenían coche, ella lo sabía. Él a veces se refería al de ella como el «Emmamóvil». Sin duda ellos iban a arreglárselas a su propio albedrío, y si jugaban bien sus cartas podrían, si les apetecía, tener a su disposición cualquiera de las dos casas servicialmente vacías. Si se pensaba en ello, a lo largo y ancho del país aquel día habría un buen número de casas temporalmente vacías, y por ende

utilizables para citas secretas. Y si ella conocía a Paul Sheringham...

Exactamente. Lo conocía y no lo conocía. Lo conocía mejor que nadie en ciertos aspectos —siempre estaría segura de ello—, aunque sabía también que nadie más debía saber nunca cuánto lo conocía. Pero lo conocía lo bastante para saber en qué aspectos no era conocible. No sabía lo que estaba pensando ahora, allí tendido a su lado, desnudo. A menudo pensaba que no pensaba en nada.

No sabía cómo se comportaba con Emma Hobday. No sabía hasta qué punto lo conocía Emma Hobday —la señorita Hobday—. No conocía a Emma Hobday. Sólo la había entrevisto una o dos veces, así que ¿cómo iba a conocerla? Sabía que era guapa, de un modo... «floral». Era el tipo de mujer que podía tener un nombre de flor, que vestía ropas floreadas. Pero no tenía la menor idea de cómo era, por así decir, bajo esas flores. ¿Cómo iba a tenerla? Paul apenas hablaba de ella, aunque iba a casarse con ella. Y eso, pese a revelarle lo poco que conocía a Paul Sheringham, constituía un misterio reconfortante.

Lo que parecía estar sucediendo, extrañamente, era que Paul Sheringham y la señorita Hobday, cuanto más se acercaban al matrimonio, menos tiempo pasaban en mutua compañía. Había oído de casos en los que las novias y los novios no debían verse durante un día (¿o era tan sólo una noche?) antes de la boda, pero lo de ellos era una especie de versión ampliada de esa práctica, y venía durando ya cierto tiempo. Sin duda él debería mostrarse más ansioso en su papel de novio expectante.

Así que la expresión le llegó como la frase de un libro, y tal expresión adquirió de pronto un significado real: «matrimonio concertado».

Era lo máximo que podía esperar. No es que realmente le sirviera de gran ayuda, pero si por cualquier razón —una combinación de flores y dinero— Paul estaba prestándose a una componenda de ese tipo, entonces aquel día... —lo había pensado incluso mientras servía el desayuno y el señor Niven hablaba de

cestas de pícnic—, aquel día que había empezado con un sol tan prometedor podía ser la última oportunidad. No sabía si de él o de ella, y mucho menos si de ambos.

En cualquier caso, estaba preparándose para perderlo. ¿Estaba preparándose él para perderla a ella? Ella no tenía derecho a esperar que él lo viera de ese modo. ¿Tenía algún derecho a pensar que lo estaba perdiendo? Nunca había sido suyo, exactamente. Pero oh, sí, sí lo había sido...

No sabía cómo sería perderlo; no quería pensar en ello, aunque tenía que perderlo. Quizá lo único que pensaba la mañana de aquel Domingo de las Madres, cuando servía el desayuno en Beechwood, era que si él jugaba bien sus cartas ese día, ella querría que las jugara con ella. Algo de esperanza. Entonces sonó el teléfono. «Se han equivocado». El corazón le había dado un vuelco.

—«Los ineptos» se van a ir dentro de nada. Voy a quedarme solo. A las once en punto. Por la entrada principal.

Había hablado con un fuerte suspiro, como visualizando exactamente el aprieto en que la estaba poniendo, por mucho que estuviera en el umbral de la salita del desayuno. Era una orden, una orden cortante, pero modificadora. Y ella había escuchado —o había parecido que escuchaba— con paciencia cortés, como si quien le hablaba fuera alguien obtusamente parlanchín que aún no hubiera caído en la cuenta de que se había equivocado.

—Lo siento enormemente, señora, pero se ha equivocado de número.

Cuán diestra se había vuelto en siete años. Diestra imitando sus «enormemente». Y en otras cosas. Pero aún tenía que asimilarlo: los dos a solas en la casa vacía. Nunca había sucedido antes. La entrada principal. Nunca la habían invitado a ninguna entrada principal. Aunque a veces, en los primeros tiempos, él pudiera haber empleado esa expresión para referirse a su vía de acceso al ayuntamiento.

—No se preocupe, señora.

Al masticar ruidosamente su tostada con mermelada, el señor Niven tal vez había restado algo de brillantez a su actuación impeccable.

—Se ha equivocado de número —explicó.

Y el señor Niven le había dado media corona.

¿Y si el señor Niven hubiera sabido las cosas que un día había hecho ella por Paul Sheringham —a Paul Sheringham—, sí, por sólo seis peniques, y a veces por menos? Y luego, no mucho después, por nada, por nada en absoluto, ya que el interés mutuo en la transacción había abolido toda necesidad de compra.

Aunque cuando, con ochenta o noventa años, le pedían, como habrían de pedirle, incluso en entrevistas públicas, que rememorara sus años mozos, sentía que podía afirmar con justicia (aunque, por supuesto, nunca lo hizo) que una de las condiciones más tempranas de su vida fue la de prostituta. Huérfana, criada, prostituta.

Dio unos golpecitos en el cigarrillo para echar la ceniza en el cenicero que adornaba su vientre.

Y amante secreta. Y amiga secreta. Él se lo había dicho en una ocasión: «Eres mi amiga, Jay». Se lo había dicho en un tono tal de declaración... Y ella había sentido como un vahído. Jamás le habían dicho eso; nadie le había llamado así nunca, y de forma tan decisiva, como si estuviera diciendo que no tenía otro amigo, que acababa de descubrir, de hecho, lo que podía ser un amigo. Y ella no iba a contarle a nadie tal revelación reciente.

Había hecho que su cabeza flotara. Tenía diecisiete años. Había dejado de ser prostituta. Era amiga. Mejor quizá que amante. No es que «amante» figurara ya entonces en su vocabulario probable, o siquiera en su pensamiento. Pero tendría amantes. En Oxford. Tendría muchos, y habría de hacer hincapié en ello. Pero ¿cuántos de ellos eran amigos?

¿Y era Emma Hobday, pese a ser su prometida, su amiga?

En cualquier caso, como amigos o quizá incluso como amantes, o sólo como el señorito Paul Sheringham y la nueva criada de Beechwood, a quien él había visto un día en la oficina de correos de Titherton, habían hecho toda suerte de cosas juntos, en toda suerte de lugares secretos. Las dos casas se hallaban a apenas kilómetro y medio de distancia, si se tomaba la carretera secundaria, y luego, necesariamente, se atravesaba el jardín. El invernadero y la parte en desuso de las cuadras eran dos de sus opciones. Y habían hecho esas cosas llevados por una intuición extrañamente fiable — en rigor no podía considerarse un horario — que se había convertido en un hábito, en una telepatía de amigos verdaderos. Como si todo les sucediera siempre por un supuesto azar que ambos sabían que no lo era.

Así que... ¿eran realmente amantes?

Porque en todo caso era tal la intensidad y la extraña gravedad de lo que experimentaban, tal la conciencia de que, cuando menos hacían mal (el mundo entero guardaba luto a su alrededor), que era necesario compensarlo con cierta levedad: reírse tontamente. A veces parecía de hecho que lograr la risita tonta del otro era el objeto real de todo ello, una meta arriesgada cuando otro factor esencial era que bajo ningún concepto debían descubrirles.

Y lo curioso del asunto era que incluso ahora, con sus modos afables, su aire de superioridad y su pitillera de plata, seguía habiendo una risita en su interior, allí dentro, incluso ahora que se habían convertido en consumados, graves, certeros adictos a aquello que hacían juntos. A él, de pronto, sin explicación alguna, sin aviso previo, aún podía brotarle de la refinada envoltura externa una explosiva risita cacofónica, como si se estuviera haciendo añicos un molde.

Pero ahora estaba desnudo, no había molde que pudiera hacerse añicos. ¿Y por qué iba a reírse tontamente, además? Era su último día.

Había pedaleado con fuerza de Beechwood a Upleigh. Al principio, dado que el señor y la señora Niven no habían salido aún, se había cuidado muy mucho de que no la vieran ir demasiado rápido en la bicicleta, o tomar el camino de Upleigh. Tras la verja de salida había torcido con naturalidad hacia la derecha en lugar de hacia la izquierda. Pero luego, después de un par de recodos, había acelerado con ímpetu.

Ya cerca de Upleigh, había hecho algo que nunca había hecho antes. No se acercó por la habitual senda trasera que bordeaba el jardín, ni tampoco dejó la bicicleta escondida en el familiar macizo de espinos para continuar a pie, con cautela. Lo hizo por la carretera principal, cruzó osadamente las verjas de la finca de Upleigh y enfiló el camino de entrada flanqueado de hileras de tilos y remolinos de narcisos.

Era lo que le había indicado que hiciera —lo que le había ordenado que hiciera—. La puerta principal. Sólo cuando traspuso las verjas en la entrada cayó en la cuenta de lo extraordinario que era todo aquello, de aquella dádiva sin precedentes —sí, era *su* día—. ¡La puerta principal! Y él debió de querer ver cómo llegaba, porque en cuanto ella paró la bicicleta cerca del porche la puerta —o más bien una de ellas (eran dos hojas imponentes: altas, de un negro satinado)— se abrió como impelida por una milagrosa fuerza propia.

Ella no lo sabía con certeza —aunque habría de saberlo pronto—, pero el dormitorio de él daba al camino de entrada. Él podría haberse hecho visible unos instantes —si es que ella lo hubiera buscado con la mirada— en la ventana abierta de la primera planta. Pero se hizo visible de pronto, de todas formas, cuando avanzó un paso desde el otro lado de la puerta —que parecía abrirse sola— para oír cómo ella volvía a llamarle «señora» mientras ella oía cómo él la llamaba «inteligente». Ella había dejado la bicicleta apoyada contra el muro de la fachada. El pasillo, más allá del vestíbulo, era

de baldosas de escaques blancos y negros. Y había frondas de flores de un blanco intenso.

—Mi madre tiene unas orquídeas preciosas. Pero no estamos aquí para admirarlas.

Y la condujo —o, mejor, la fue empujando por el trasero— escaleras arriba.

Entonces quizá era el turno de que la llamaran «señora» a ella, pues, una vez dentro de la habitación, él empezó a desnudarla casi de inmediato, como no lo había hecho nunca antes —o, más bien, como si no hubiera tenido nunca la oportunidad de hacerlo—. ¿Podía decirse en sentido estricto que la había «desnudado» *alguna vez*?

—Quédate ahí, Jay. No te muevas.

Al parecer quería que Jane se quedara allí de pie, sin moverse, mientras sus dedos poco a poco le soltaban los botones y le quitaban la ropa, que iba cayendo a su alrededor. No era una operación en absoluto diferente, por tanto, de la que ella llevaba a cabo a veces cuando la señora Niven le pedía con cansancio que la «desvistiera». Sólo que —no podía negarlo— en la forma en que él la desnudaba había una reverencia que ella nunca había dispensado a su señora. Él la estaba desnudando como si la despojara de unos velos. No lo olvidaría nunca.

—No te muevas, Jay.

Entretanto, pudo mirar a su alrededor en aquel dormitorio insólito en el que no había estado jamás. Un tocador —con un espejo de tres hojas— atestado de pequeños objetos (de plata, en su mayoría). Un sillón con tapicería de rayas, oro sobre *beige*. Cortinas de dibujo parecido, completamente descorridas (¡mientras la desnudaba!) y ligeramente trémulas. Una ventana abierta. Una alfombra gris azulada clara, del color del humo de cigarrillo suspendido al sol, y un sol que entraba a raudales. Una cama.

—¿Qué es esto, Jay? ¿Tu tesoro escondido?

Sus dedos habían encontrado algo en los recovecos de la ropa. Una moneda de media corona.

Era el Domingo de las Madres de 1924. El señor Niven la había visto alejarse sin prisa en la bicicleta, ya que acababa de llevar el Humber hasta la explanada de la entrada principal para esperar allí a la señora Niven. Ella suponía que la mayoría de las veces el señor Niven «desvestiría» a la señora Niven, en caso de que ella no pudiera hacerlo sola. ¡Qué palabra, «desvestir»! Suponía que la señora Niven, de cuando en cuando, le diría: «Desvísteme, Godfrey», de modo diferente a como podía decírselo a su criada. O que el señor Niven le diría de un modo asimismo diferente: «¿Puedo desvestirte, Clarrie?».

Suponía que el señor y la señora Niven aún podían... de vez en cuando. Por mucho que unos ocho años atrás hubieran perdido a dos «chicos valientes». Pero no sólo lo suponía. En ocasiones había visto la prueba incuestionable (al cambiar las sábanas).

No sabía —ni siquiera en el Domingo de las Madres— cómo sería ser madre y perder dos hijos —en ese mismo número de meses, al parecer—. O cómo tendría que sentirse esa madre el Domingo de las Madres. Ningún hijo llegaría ese día a casa con ramilletes de flores o bizcochos de frutas...

Pero Paul Sheringham iba a casarse dentro de dos semanas y era el hijo que les quedaba. Y por supuesto los Niven asistirían a la boda. Era (y cómo lo sabía) el niño mimado de ambas familias.

Ahora el señor y la señora Niven estarían en el coche, sentados el uno al lado del otro, surcando el sol vivo de primavera en dirección a Henley. Antes que todos ellos, Milly había salido por las grandes puertas de hierro de Beechwood para coger el tren de las 10.20 procedente de Titherton. Y la casa de Upleigh había quedado oportunamente vacía —a excepción de ellos dos—, ya que el señor y la señora Sheringham («los ineptos») también habían salido camino de Henley, y a la cocinera y a la doncella, Iris y Ethel, las

había llevado a la estación de Titherton el mismísimo Paul Sheringham.

Sólo entonces se lo dijo, mientras la desnudaba; o, mejor —dado que ella enseguida se quedó desnuda en el dormitorio soleado—, mientras ella, en reciprocidad, de pie, empezó a desnudarle, a «desvestirle» a él.

—He llevado a Iris y a Ethel a la estación.

Era algo que no había necesidad de decir. ¿Tenía alguna relación con lo que estaban haciendo ellos ahora? Y era algo —pensó ella luego— que no tenía por qué haber hecho. En una mañana como aquélla, Iris y Ethel se habrían ido encantadas caminando. Upleigh estaba aún más cerca de la estación de Titherton que Beechwood.

¿Era su forma de explicarle por qué la había telefoneado tan angustiosamente tarde? ¿O de asegurarle que la casa era toda para ellos sin peligro alguno? Había llevado él mismo a sus sirvientas.

Pero lo había dicho con una gravedad insólita... Como si deseara que ella supiera —pensaría ella más tarde— que aquel día disparatado él —siendo como podía ser el más señorial de los señores— había adoptado el papel secundario. No sólo le había ofrecido su casa, y le había abierto la puerta dócilmente a su llegada, y luego la había desnudado como si fuera su esclavo, sino que asimismo, con tal talante, había rendido un servicio a sus criadas, gente de su clase.

—Al de las 9.40. Las he llevado en el coche de papá y mamá.

Ahora el automóvil de sus padres estaría quizá aparcado en alguna calle de Henley. El suyo, guardado en la cuadra convertida en garaje, era un vehículo atrevido, descapotable; un biplaza, en realidad.

Quizá lo hiciera todos los años, lo de llevarlas a la estación. Quizá era una tradición de los Sheringham. Pero entonces dijo:

—Quería despedirme de ellas como es debido.

¿Una despedida como es debido? Estarían de vuelta para la hora del té. No se iban para siempre.

¿Era un circunloquio para decir que eso era lo que él le estaba dispensando a ella? ¿Una despedida como es debido? No pudo pensar mucho en ello en aquel momento, ya que, en cuanto él se quedó también desnudo y echó rápidamente la ropa sobre el sillón, junto a la de ella, los dos fueron directos, sin más ceremonia, al lecho.

Pero pensaría en ello luego. Durante toda la vida visualizaría la escena: las dos mujeres, temerosas y calladas, en la parte trasera de la gran berlina negra, y él al volante, como si fuera un chófer. En la explanada de la estación él les habría abierto la portezuela y les habría tendido la mano para ayudarlas a apearse con la misma atención cortés con la que le había quitado a ella la ropa. Iris y Ethel tal vez pensaron incluso que les iba a dar un beso a cada una.

Se pasaría la vida tratando de visualizarlo, de recuperar la memoria de aquel Domingo de las Madres, por mucho que se fuera alejando más y más y por mucho que el mero hecho de existir se hubiera convertido en una rareza histórica, en una costumbre de otra época. Cuando las dejó en la estación, los lejanos penachos blancos del tren de las 9.40 con destino a Reading se divisaban ya en el luminoso cielo azul. En el andén había dos o tres mujeres de la misma condición que Iris y Ethel, a la espera de emprender viajes semejantes (ninguna de ellas sería Milly la cocinera, que llegaría más tarde para coger el tren de las 10.20).

Todas las criadas... Todas las madres sacaban con diligencia lo que tenían por su mejor porcelana. Todas las criadas tenían madres a las que visitar.

Conocía a la criada de Upleigh. Se llamaba Ethel Bligh. Pobrecilla. Había hablado con ella; se encontraban cuando iban a hacer recados a Sweeting's, la tienda de comestibles de Titherton. Sus charlas pocas veces llegaban a ser conversaciones, y tampoco se asemejaban mucho al cotilleo. La cocinera de Upleigh era una mujer robusta, del estilo de Milly, pero Ethel era una criada liviana y

ágil, un poco como ella misma. Con una Ethel de otro tipo quizá no sólo habría cotilleado —las dos apoyadas en las bicis a la salida de Sweeting's—, sino que habría compartido hasta risitas, unas risitas discretas parecidas a las que tenía con Paul Sheringham.

Pero ni aun así le habría contado a esa Ethel lo que se traía entre manos con el señorito Paul Sheringham. O, más probablemente, esa Ethel distinta ya lo habría sabido de alguna forma, o al menos adivinado. O, mejor aún, esa otra Ethel se le adelantaría y sería la primera, o ya había sido la primera, teniéndola él tan a mano al vivir los dos bajo el mismo techo.

Así que era preferible, de hecho, que Ethel no fuera esa otra Ethel, sino tan sólo una buena sirvienta que, sin necesidad de esforzarse demasiado, cumplía con eso que suele pedírseles a todas las sirvientas: no ver nada, no oír nada, y sobre todo mantener la boca cerrada.

Ethel iría a casa de su madre con el mismo espíritu manso y sumiso con el que un día ofreció sus servicios a la señora Sheringham. Al final, ambas actitudes se parecerían tanto que no podrían distinguirse la una de la otra.

¿Cotilleaba Ethel con Iris? Seguramente. En el tren, después del trayecto en coche con Paul Sheringham, ¿se habían puesto de pronto a pegar la hebra? ¿Y sobre qué? ¿Sobre el hecho de que el señorito estaba a punto de casarse y a punto de... dejarlas?

¿O se habían sumido en un silencio aún más profundo, tan poco acostumbradas como estaban a verse en el mundo exterior, y a recordar que tenían una vida, e incluso una madre? ¿O se habían quedado aleladas y se habían limitado a parpadear ante aquella Inglaterra soleada y salpicada de corderos?

Entretanto, Paul Sheringham la desnudaba religiosamente a ella.

—No te muevas, Jay.

Y mientras la desnudaba, y como respondiendo a una pregunta que ella no le había hecho, dijo: